

## Para Guillermo

Adolfo ELIZAINCÍN  
Universidad de la República, Montevideo

No voy a participar en este sentido y sincero homenaje a mi gran amigo y excelente filólogo y lingüista Guillermo Rojo con un artículo escrito “a propósito de” su cumpleaños, artículos que, en esta tradición de los *Festschrift*, muchas veces (no siempre) poco o nada tienen que ver con lo que el homenajeado ha producido y contribuido. No, no va a ser así. La amabilidad de los editores del volumen, que nos han dado mucha libertad a los contribuyentes, me permite acercarme al tema desde una perspectiva casi testimonial.

Quizás, conociéndolo como lo conozco, sé que él hubiera preferido lo otro, porque no suele ser muy afecto a demostraciones personales de afectos y afinidades (por lo menos así lo he percibido) pero intuyo que es de las personas que cuando estiman a alguien lo hacen para siempre, sin claudicaciones: eso se siente más allá de demostraciones explícitas.

Sea como sea, es un placer ser amigo y colega de Guillermo y poder en consecuencia ofrecerle este tributo hoy para su cumpleaños.

No creo necesario repasar su bibliografía para afirmar que hoy Guillermo es uno de los gramáticos funcionalistas del español más importantes. Sus contribuciones (libros, artículos, presentaciones en congresos, tesis dirigidas, en fin, la vida profesoral...) han permitido poner en primer plano en la escena mundial a la lingüística española sobre el español, que, por cierto, recoge las mejores tradiciones gramaticales de dentro y de fuera de España desde hace por lo menos cinco siglos.

Y en ese fluir de las tradiciones académicas, en esa incorporación al género discursivo correspondiente a la disciplina en cuestión, Guillermo entra por el lado del funcionalismo, una de las dos posibilidades (hay matices, por supuesto) de encarar el estudio de la lengua a partir de fines de los años 70 del siglo pasado: la otra es el transformacionalismo, de impar y conflictivo arraigo en España y, en general, en el mundo hispánico.

De esta manera, cultivando no solo la sincronía sino también la diacronía en sus estudios sobre el español y haciendo uso del atractivo esquema funcionalista que explica (¿casi?) todo aquello que tenga el estatus de ser candidato a ser explicado (que ha obtenido el privilegio de que sobre él se pose la mirada del lingüista que lo descubre como un fenómeno interesante de ser “explicado”, precisamente) Guillermo entra a formar parte de una generación de jóvenes lingüistas españoles que modifican radicalmente la ciencia española y, además, cambian la imagen que el resto del mundo tenía de esta (las circunstancias políticas en España luego de 1975 también favorecen de alguna manera esta nueva imagen).

Así, en 2001, ingresa a la Real Academia con un magnífico discurso de corte historiográfico, *El lugar de la sintaxis en las primeras gramáticas de la Academia*, cuya contestación estuvo a cargo de Ignacio Bosque, seguramente integrante también de ese grupo de lingüistas renovadores a los que me refería antes.

Independientemente de las tareas administrativas en la Academia (fue secretario de la corporación durante algún tiempo) su tarea más recordada, fecunda y útil fue la de organización de los dos corpus, *CREA (Corpus de Referencia del Español Actual)* y *CORDE*

(*Corpus Diacrónico del Español*) a lo que se suma, ahora mismo, su trabajo en el nuevo *CORPES (Corpus del Español del Siglo XXI)*.

Esta línea de trabajo es una necesidad a comienzos del siglo XXI. Los adelantos en la informática, espectaculares, permitieron lidiar con enormes cantidades de datos accesibles en pocos segundos, posibilidad que ni siquiera remotamente pudieron imaginarse los lingüistas y filólogos anteriores a esta “era computacional” en la que vivimos. Antes, buscar un ejemplo de un fenómeno no muy evidente, no muy estudiado, era una tarea que, si no mediaban ayudas de la propia memoria (hablo de ejemplos posibles en documentos escritos) o de las ediciones que se manejaban, podía insumir semanas y semanas. Hoy eso es cuestión, como digo, de segundos.

La creación de estos corpus, la técnica misma para recoger y organizar las partes que lo constituirán (un corpus siempre *representa* algo mayor, inabarcable en sí mismo), las decisiones y acciones que se tomen para poder efectuar exitosamente las búsquedas en cuestión, así como las cuestiones teóricas y prácticas que emergen de este impacto informativo, comenzaron a denominarse hace ya algún tiempo *lingüística del corpus*, nombre quizás un poco híbrido y en principio poco claro. Se refiere, creo, a todo lo que se haga como técnica para constituir un corpus así como a todo estudio que surja por el uso de dichos instrumentos.

Así las cosas, esta “nueva” lingüística logró un desarrollo y una difusión enormes en las comunidades académicas. A esta nueva cuestión dedicó mucho tiempo, esfuerzo e inteligencia nuestro homenajeador preparando así materiales de primera mano para la investigación de la lengua española.

A semejanza de otras grandes lenguas europeas, que tempranamente construyeron sus respectivos *corpus*, también lo hizo, entonces, el español, poniendo nuestra lengua en igualdad de condiciones con sus hermanas y vecinas de Europa y América.

Quizás lo más interesante de esta nueva lingüística consista en el hecho de que permitió (entra otras razones, claro) la creación, dentro del ámbito de la Asociación de Academias de la Lengua Española, de una línea de investigación y desarrollo en gramática (sentido amplio) del español hasta ahora inédita. Me refiero, concretamente, a dos líneas de trabajo: la gramatical propiamente dicha, y la lexicográfica. Como ejemplo de la primera es necesario referir sin más a la *Nueva gramática de la lengua española* con sus tres volúmenes (los dos primeros bajo la responsabilidad de Ignacio Bosque, el tercero, dedicado a la fonética y fonología, bajo la égida de José Manuel Blecha) y los “descendientes” de esta obra, a saber el *Manual* de la nueva gramática, suerte de compendio de la obra mayor, y la *Gramática básica*, adaptación escolar también de aquella.

En la vertiente lexicográfica, como muestra, baste referir al *Diccionario de americanismos* bajo la dirección de Humberto López Morales.

Estas (y otras) obras no hubieran sido posibles sin la presencia decidida de los *corpus* que comentaba antes, por lo menos no en el tiempo en que semejantes monumentos bibliográficos fueron construidos.

Y esos monumentos transforman precisamente este comienzo de siglo XXI en un momento muy especial para la historia de la lengua española, un momento que yo suelo comparar con el fin del siglo XV, comienzos del XVI.

Como lo repiten todas las historias de la lengua, el español de fines de la Edad Media llegó a una plenitud y una madurez, un nivel de estandarización podríamos también decir, de tal magnitud que ello es indicio de un gran vuelco en la historia de la lengua. Eso se debió no solo a la acumulación de una producción literaria ejemplar, sino también a la aparición de obras lingüísticas de primera magnitud, para citar solo una de ellas, la *Gramática* de Nebrija, de 1492.

Ese español de comienzos de la época moderna se enfrentaba a un horizonte lleno de promesas, por decirlo de algún modo: la aventura americana acababa de comenzar y se solidificaría en los siglos siguientes, hasta la caída. Hoy, el español se ve ante un desafío semejante: si bien no se trata de conquistar tierras, sí de “incorporar” hablantes y según se nos dice, cada vez son más quienes usan el español en el mundo. Así que desde ese punto de vista la situación es semejante.

Si seguimos con los intentos de comparación, el adelanto de los conocimientos técnicos en el mundo a partir del siglo XVI, la novedad de los descubrimientos, la incorporación de territorios ignotos a la “civilización” pueden tener su semejanza con los avances actuales en materia de investigación espacial y, por supuesto, en la informática.

Si aceptamos estas premisas (muy gruesamente referidas aquí) vamos de la mano a la similitud entre, por ejemplo, la *Gramática* de Nebrija (fines del siglo XV) y la *Nueva gramática de la lengua española* (comienzos del siglo XXI). ¿Exagerado? No, en absoluto, ambas obras surgen en momentos decisivos de la historia de la difusión de la lengua y, de alguna manera, apoyan ese proceso. Ambas, basadas en la tradición gramatical que las antecede, abren novísimas perspectivas para el mejor conocimiento de la lengua en cuestión. Ambas se transforman en instrumentos imprescindibles del erudito, del estudioso, del estudiante.

El compromiso de Guillermo Rojo con este proceso que estamos viviendo a comienzos del siglo XXI es, por lo menos para mí, patente. Reiterando de alguna manera conceptos expuestos al comienzo: su contribución a los estudios gramaticales del español, más su involucramiento de la manera expuesta con la lingüística del corpus lo transforman en un protagonista de primera línea en este desafiante proceso que está sufriendo la lengua española.

¡Felicidades, Guillermo!